

“Quien ama el pecado,
muere en el pecado”

Shubhá Zitroh

Después de tantos preparativos y una larga espera, finalmente llegó mi Primera Comunión; sin excusa ni pretexto, había que confesarse. Me llevaron a la iglesia de San Miguel, que por desgracia no fue de mi agrado, pero como lo habitual era que los niños no opinaran, no me quedó otra opción que someterme a la elección de mis padres.

Desde la entrada la iglesia me pareció fría y lúgubre, y peor aún al ver el confesonario desvencijado, con un manto entre sucio y transparente que me separaba del padre, aunque gracias a él difícilmente nos veíamos. El espacio pequeño y oscuro sólo tenía un reclinatorio que casi me cubría la barbilla, y por momentos, al acercarme para escuchar, el alto sostén para recargar los brazos me impedía respirar cómodamente.

Ahí dentro conocí por primera vez lo que era el miedo.

En casa habían dicho que el acontecimiento sería maravilloso por tratarse de mi encuentro con Dios y que ya nunca más me sentiría sola. Esos comentarios me llevaron a suponer que sería algo extraordinario y agradable; pero nadie sugirió siquiera que resultaría tan angustioso.

No acababa de hincarme cuando escuché una voz, que desde ese día me parece repulsiva, demandando que dijera mis pecados.

—¿Que qué? —pregunté asustada.

—¿Cuántos años tienes? —dijo el padre medio enfadado.

—Acabo de cumplir seis y mañana es mi primera comunión y me van a hacer...

—Bueno, bueno —interrumpió de nuevo. Menos palabrería y a lo que viniste: dime tus pecados. ¿Qué acaso no te prepararon para el sacramento de la confesión? —vociferó el archimandrita y monseñor Ugalde.

—Sí, padre, mi mamá me dijo que le dijera que he dicho muchas mentiras, que a veces me cacha mirándome desnuda en el espejo y que

toco mi cuerpo sin respeto... ¡ah! y que también me peleo con mis hermanos. ¿Eso es pecado padre? —le pregunté cuando por fin pude respirar; y por supuesto me contestó que sí. Que como penitencia rezara un rosario, escuchara la misa con devoción y que no lo volviera a hacer.

Pienso que ya para entonces conocía el llanto, mas nunca había probado mis lágrimas, ni sabía que podía hacerlo, pero ese día supe de su sabor a sal, de su amargura y de su profunda conexión con mi miedo; y por primera vez también, de la unión que desde ese momento tendrían con mi incipiente sentimiento de culpa.

Ese día empezó a cincelarse en mi alma el inconcebible anhelo de ser perdonada. Perdonada por *tocar mi cuerpo sin respeto*, aunque no supiera todavía lo que eso significaba; lo intuía por las reacciones morbosas de los sacerdotes que escudriñaban mi conciencia con preguntas incomprensibles. Supe, sí, desde pequeña, que se trataba de algo que había que confesar.

Perdonada también por criticar a mis semejantes, aún desconociendo qué era eso de “semejantes”. Ni mi pasión por las palabras nuevas me ayudaba. Aunque a cada tropiezo corría por mi diccionario, muchas veces no lograba entender sus definiciones, y menos aplicarlas correctamente. Las gastadas hojas de mi libro de consulta dejaban, para mi edad, mucho que desear, porque al poner, por ejemplo: *semejante* y decir que se usa en “sentido de comparación o ponderación”, ¿cuándo iba yo a entender aquello por lo que pedía perdón, si cada vez que investigaba alguna duda se abrían tantas posibilidades que mi dificultad se hacía enorme y mi miedo a confesarme mayor?

Perdonada incluso por decir mentiras; pero ¿cómo no decir las si vivía en un régimen de restricción y domesticación tal que mentir era la única manera de preservar lo poco que quedaba de mí? Mentiría siempre que fuese necesario, pero renunciar íntimamente a lo que yo era, ¡nunca! Después supe que el hecho de mentir me fue desconectando poco a poco de mi verdad, pero ya era demasiado tarde.

Las manifestaciones de mi sexualidad siempre fueron ensombrecidas por el matiz de la aflicción personal y por el toque irónico de mi familia, que para una niña tan incomprensiblemente llena de culpas como yo, sólo lograron sumirme en la vivencia de lo sucio y el pecado, cuando ni siquiera podía vislumbrar lo que ello implicaba.

Recuerdo qué pánico tan grande viví cuando al rezar el avemaría en el rosario habitual de las tardes, descubrí la frase que hablaba del bendito fruto de su vientre. Todavía perdura en mi memoria cómo me sumí en la angustia tan sólo de pensar, no tanto en el significado, sino en la forma de preguntárselo a mamá. Ya desde ese momento intuía que era *algo* de lo que se hablaba en secreto, pues así lo indicaban las extrañas manifestaciones de mi cuerpo y las expresiones que percibía a mi alrededor. Qué absurdo pensar que mi suplicio se prolongó por más de dos semanas; cada vez que veía que mi mamá estaba sola, me acercaba a su cuarto a solicitarle una respuesta, pero el miedo me vencía y regresaba a mi cama con mi duda a cuestas.

Finalmente, una noche me vi sola frente a ella, y con tal ansiedad que las palabras brotaron sin mi permiso. Repetí con rapidez la frase que había ensayado durante todos esos días y me animé a consultarle sobre el significado de tan misteriosa oración.

Creo, por la expresión bastante inusual de su rostro, que ya lo esperaba, pues de inmediato sacó a relucir la consabida historia de las abejas y la flor y me aseguró además que Dios depositaba una semilla en el vientre de la mujer y que de ella se iba formando el bebé. Que la Virgen María la había recibido del mismísimo Dios y que por ello Jesús era considerado “el bendito fruto de su vientre”.

He de confesar que la explicación me pareció bastante confusa y desafortunada; a pesar de ello, preferí tragarme mis dudas y mi incompreensión con tal de no enfrentarme al miedo que me provocaba hablarle; a fin de cuentas, no me cabía la menor duda de que contaba con unas perceptivas antenas muy puestas en su sitio. A raíz de ese agobiante temor, pronto supe que todo lo que quería saber estaba contenido en el viento, únicamente tenía que estar alerta para captarlo.

Además, vivía en un ambiente de hermanos mucho mayores y junto a un padre con un sentido del humor tan burdamente sexualizado que casi siempre recibía toda la información requerida sin exponerme al sofocante sentimiento de tener que preguntar.

Pero jamás imaginé el precio tan alto que pagaría al pronunciar la sentencia del *¡nunca más!*

Nunca más hice una pregunta, abrí la boca o expresé mis sentimientos; nunca más compartí dentro de mi familia nada que tuviera que ver con mi sexualidad, y nunca más estuve cierta de lo que pasaba en mi interior.

La llegada de la menstruación también se convirtió en una pesadilla. No entendía cómo podían hablarme de la maravilla de ser mujer si cuando me veía al espejo mi cuerpo se había transformado en algo que yo ya no reconocía. Mi espalda de inmediato se encorvó, tratando de ocultar los incipientes senos que se asomaban despiadados por mi camiseta aún de niña. Mi frente mes a mes se cubría de espantosos granitos que ni el fleco más grande podía disimular, y mi cintura desapareció por completo, llenándose de rollizas capas de grasa. Sólo ahogándome de calor lograba tapar tan visibles defectos; hasta en los días más soleados me enfundaba en holgadas prendas que se convirtieron en lo más preciado de mi escasísimo guardarropa.

Fue una época muy intrincada, solitaria, llena de contradicciones y con la carga de tener unos padres aterrados que, ante mis cambios adolescentes, se confortaban diciéndose que se trataba sólo de una etapa que pronto pasaría, y dejándole al tiempo la solución de una conflictiva que, aunque familiar, se me achacaba por completo. Y como de manera muy obvia se expresaba por cada poro de mi piel, les resultaba imposible hacerle frente, pues ello hubiera implicado asumir su parte de responsabilidad, y eso jamás sucedería; si lo hicieran se rompería el engaño brutal de tantos años en los que todo el esfuerzo de mis padres estaba puesto en sostener la imagen de familia feliz que con tanta represión y sometimiento habían construido.

Resultaba más sencillo contener, aunque con grandes dificultades, a una hija problemática que lidiar con la posibilidad de que en cualquier momento se vinieran abajo todas las mentiras que se tuvieron que contar. Mis hermanos y mis padres alardeaban de su felicidad, mientras yo, a pesar del costo tan alto, preferí callar. Actué por años el silencio familiar.

Como compensación, la escuela se convirtió en mi refugio. No era fácil estar en casa, menos dándome cuenta de las verdades que se desparramaban por todas partes y a las que por decreto había que ignorar.

La religión fue otra manera de soportar lo inaguantable; por lo menos ahí las reglas eran claras, los límites estaban bien establecidos y el consuelo de la salvación era mi gran anhelo; aunque si desde los seis

años ya la culpa era una carga lacerante, a los quince y con un novio a cuestas fue todavía peor.

Mi cuerpo, para colmo, despertó con furia y se manifestaron con toda intensidad mis primeras sensaciones sexuales. Mi boca, sorprendida y gustosa se abrió a la ambrosía de los primeros besos, que nunca ya se borraron de mis labios; la pasión adolescente era tal que ese desasosiego constante que se reflejaba visceralmente cada vez que de pequeña entraba a un confesonario, se volvió presente y lastimoso en todas y cada una de mis experiencias placenteras.

El tiempo, mis padres, los curas y las monjas se habían encargado de cincelar en mi alma el rechazo arbitrario e indiscriminado al gozo y al placer, y cuando llegó la hora, mi cuerpo, mi mente y mis sentidos se confabularon para recordármelo.

Nunca pude oponerme; mis quince años eran tan irrisorios que no fueron suficientes para lograrlo, y lamentablemente no encontré cerca a nadie que me dijera que sí se podía sentir, que era válido y, sobre todo, que no era pecado. Por el contrario, mirando alrededor me topé con una madre resignada a recibir y soportar el sufrimiento, como un preciado regalo de Dios para santificarse, y con un padre que le había exprimido todo el jugo posible a su juventud, pero que en sus años de viejo no encontró mejor opción para redimir su larga lista de pecados que convertirse en el predicador implacable, con frases que ya desde esa edad me provocaban repulsión y terror.

“Quien ama el pecado, muere en el pecado”, me dijo en una charla aparentemente casual de sobremesa, cuando intenté provocarlo tan sólo al sugerir la posibilidad de no llegar virgen al matrimonio; posibilidad que, para ser honesta, ni yo misma vislumbraba, pues apenas iba asomando la nariz a mis primeros años de juventud y ya para entonces, en contra de mi voluntad, la conjunción de pecado, sexualidad y placer conformaban mi desolada realidad.

A pesar de que las zonas de mi cuerpo se encontraban muy restringidas para las caricias masculinas, mi piel toda no conocía fronteras y se erizaba ante el más leve contacto, acompañada siempre de ese malestar visceral que sin lugar a dudas se mostraba como la expresión misma de la culpa y el pecado.

Cada tarde de los primeros meses de mi noviazgo inventaba nuevos besos y cada uno despertaba en mí nuevos placeres y temores. El parámetro de la culpa se fue haciendo cada día más sencillo. Si me complacía con erotismo, tenía que confesarlo, si no, podía prescindir del sacramento. El problema se convirtió de súbito en algo grave. Todas las mañanas, en la escuela, a la hora del recreo, lloraba ante el sacerdote y suplicaba su absolución, ya que por las noches no podía dormir porque las culpas me consumían. Se formó un horrible círculo vicioso: por las tardes con mi novio luchaba entre el placer y el pecado y en las mañanas me sentía obligada a confesarlo.

Al cabo de un año opté por terminar con el motivo de mi eterno conflicto, que en ese entonces no era precisamente la confesión, sino la pasión desbordada que sentía al besar; y como apenas me estaba estrenando en el aprendizaje del amor, del mirar al otro, de conocerme en ese terreno de arenas movedizas, y además pensaba que tenía que evitar todo lo que sentía, decidí terminar mi relación; sin darme cuenta, al mismo tiempo inhibí en gran medida mi capacidad de experimentar placer.

En relaciones posteriores el daño interno fue muy claro, sólo que a diferencia de los dieciséis o diecisiete años, pasados los veinticinco ya había logrado eliminar casi en definitiva la confesión, no así las culpas ni los temores. A decir verdad, ya para entonces, y por la represión, no discriminaba entre placer y miedo, y todos mis sentimientos, irremediablemente, se fugaron de mi conciencia.

Las manos del hombre ya no encontraban restricción, todo mi cuerpo se había convertido en zona libre; libre hacia ellos, libre para proporcionarles placer, libre para fingir y mentir, pero no libre de entregarse, de experimentar la comunión con la pareja y el placer de gozar de la compañía, sin la amenazante expectativa del orgasmo siempre anhelado y nunca logrado.

Qué calvario más agonizante fue llegar a mi primera relación sexual. Años de espera, años de miedos racionales y sin razón; de intentos fallidos y frustraciones, de prejuicios y conceptos confusos, de valores asimilados sin ninguna oposición o al menos con una conciencia de mis propias creencias; años de anteponer el pánico a quedar embarazada como el pretexto perfecto para impedir la dolorosa penetración; años

de pugna interna por la pérdida de la virginidad y un sordo sufrimiento por creer a ojos cerrados que el himen intacto era la única y absoluta prueba de mi valor como mujer. Y por si fuera poco, la desilusión tan grande ante la verdad lastimosa de la primera relación sexual.

Finalmente, mi cuerpo completo se abrió a un hombre, pero mi alma se había ido tan lejos que a pesar de que aparentemente ya no había ni culpa ni miedo, la distancia al placer estaba a varios días de camino.

El duro peregrinaje huyendo del pecado y esquivando el tedio paralizador de mi temor al hombre, a la relación de pareja, al sexo y esencialmente a mis propios sentimientos, se convirtió como paradoja en la razón de mi existencia, pero también en el lastimoso andar en la búsqueda de mis sensaciones perdidas.

Intenté descifrar lo masculino a través del silencio de un hombre hermético que no daba de sí más allá de una caricia avara o de un intento egoísta de satisfacer su propia necesidad, y así, con él, sólo estrené mi propia soledad. Este hombre de mis quince años, que en su paso por mi vida me regaló la experiencia primera de unos labios sin estrenar, que conocieron el placer al mismo tiempo que el miedo y el pecado y que años más tarde se introdujo en mi piel desgarrando no sólo un himen intacto, sino la gastada convicción de guardar la virginidad, que se hizo obsoleta mucho tiempo después de lo que hubiera deseado.

A los veinticinco años mi sexualidad, vivida en aparente libertad, era tan sólo la expresión ambivalente de un contacto masturbatorio cargado de culpas y ansiedad. A decir verdad, ya para entonces la desconexión con mis auténticos sentimientos era profunda, tanto que me engañaba creyéndome capaz de disfrutar de mi cuerpo y de mis emociones, sin darme cuenta de que cualquier intento de intimidad resultaba una laceración deplorable, no sólo a mi cuerpo que se cerraba y rechazaba cada penetración, sino a mi alma intacta que se resistía a la entrega.

Más tarde también intenté descubrir al hombre en la suavidad de unas manos tiernas, como de niño, que habían aprendido a tocar con la delicadeza del algodón, pero a las que les faltaba el respaldo de una voluntad firme y combativa. Un hombre que por su experiencia de vida sí había aprendido a tocar el cuerpo femenino con destreza, pero al que

se le olvidó que la piel es tan sólo la envoltura sutil de un espíritu carente y necesitado, que es al que verdaderamente hay que acariciar.

Mi búsqueda y mi dolor me condujeron de nuevo a la horrible frialdad de un confesonario, y ese ancestral pellizco en mis entrañas volvió a aparecer ante la presencia de aquel sacerdote desconocido que gentilmente escuchó el registro inconmensurable de mis sinsabores. Era la primera ocasión que recurría a un sacerdote sin la intención explícita de aliviar mis culpas; sólo necesitaba un hombro que recibiera mis lágrimas y una mano que las enjugara. Y lo encontré. Encontré a un hombre que me escuchó como nunca antes nadie lo había hecho. Me escuchó con sus oídos, con el corazón, con los ojos y con cada poro de su piel; no obstante, el costo por sentirme recibida fue excesivo.

En muy poco tiempo se convirtió no sólo en el sacerdote que dirige, escucha y consuela, sino en el hombre que manipula, seduce y se esconde tras su lustrosa e impecable sotana. Con él se despertaron nuevamente mis antiguas culpas. La distancia que para entonces creía haber tomado respecto de las estructuras religiosas se acortó de manera brusca, ya que el ambiente que supuestamente debía dar contención a mis miedos, a mi confusión y a mis pecados, se convirtió en el espacio en el que se destaparon con vehemencia mis necesidades afectivas más primarias y también más reprimidas, y fue así que del recinto sagrado de la iglesia y su pequeño recibidor pasamos a la intimidad de mi cuarto y de mi cama.

Las horas a su lado se escurrían del reloj, con la lentitud deliciosa de los ritos cuaresmales y solemnes, y el tortuoso silencio que me había acompañado desde la adolescencia, con él y en sus brazos, empezó gradualmente a desvanecerse.

Por su edad y su experiencia, bien podía haber sido mi padre, y fue muy claro cómo supo aprovecharse de esta diferencia para que yo abriera hacia él mi corazón, mi mente y mi cuerpo.

De nuevo todas mis contradicciones hacia lo moral y la Iglesia, lo religioso y el pecado, y esta vez alcanzando hasta al mismísimo Dios, empezaron a manifestarse como un torrente imparable de emociones que difícilmente podía lidiar y contener. Aún ahora, después de tantos años, no me explico cómo podía recibir la comunión de la misma mano

que una noche antes exploraba la intimidad de mis húmedos secretos; ni sé tampoco cómo podía separar al hombre del sacerdote, si era precisamente el hombre el que me hacía vibrar e ir recuperando esas sensaciones placenteras tan escindidas desde pequeña a causa de la represión y el miedo.

Sólo a través de la inmensa necesidad afectiva que aquejaba a mi alma en ese entonces, puedo el día de hoy comprender los porqués de esa intrincada relación en la que me atrapé como si fuese un laberinto; y si pude rescatarme de aquel contacto fue gracias a su cobardía para abandonar el sacerdocio, pues mientras él demandaba que yo le asegurase que nos casaríamos para atreverse a hacerlo, yo pretendía que llegara a una decisión independiente de la mía, y después, ya en libertad, pensar en la posibilidad del matrimonio. Como por ventura no fue así, decidí separarme.

Con esta ruptura, una vez más se cerró detrás de mí la puerta hacia eso salvaje de mi esencia que me hacía sentir viva, capaz de atreverme a perder el control y hasta volverme temeraria.

Mi alma y mi cuerpo callaron de nuevo; su silencio se volvió punzante; me rebelaba tener que aceptar una existencia excesivamente domesticada, después de tres años de ese vigoroso erotismo que había logrado despertarme a la danza de la vida.

Me sentía como en el exilio; recelosa, desconfiada, con temor de abrir de nuevo el corazón y en una búsqueda compulsiva de amor y compañía, recibiendo lo que fuera con tal de mitigar un poco mi soledad y sintiéndome como un recipiente, carente de valor y poco capaz de sanar mis heridas.

Alienada en mis propios sentimientos y sin percibirlos siquiera, pasaba mis días intentando suavizar mis pasos en el mundo. La soledad volvió a ser el sitio más confiable; aunque lo detestaba, se convirtió en refugio protector y en el mayor contenedor de mis lágrimas.

Fue una época en la que nada que se relacionara con el afecto de un hombre lograba consolarme; únicamente, en ocasiones, sentirme necesitada distraía mi tristeza.

Y qué mayor distractor para mi descompasada necesidad que la también incontenible carencia de un hombre perdido entre diez hijos y una mujer deprimida que aunque había sido mi mejor amiga, la vida, la obra

del Opus Dei y los años habían logrado separarnos. Él, que durante más de dos décadas fue tan sólo el esposo de una amiga, de pronto aparece ante mí como el hombre seductor que irrumpe en mi intimidad, penetra en mis pensamientos y escudriña mis emociones con tal minuciosidad que sorpresivamente logra que yo me abra de nuevo y empiece a compartir algo que en mí nunca antes se había expresado.

Despertó sensaciones muy excitantes, desconocidas, pero también altamente desconcertantes. Por momentos experimentaba el placer inmenso de su cuerpo junto al mío y momentos después podía verme regresivamente en mis cinco años, reviviendo entre sus brazos la presencia de mi padre. Viví con él una relación tan intensa como confusa. Conocí a su lado la locura de la obsesión, pues su manera peculiar de estar conmigo era tan ambivalente que creaba en mí emociones que me llevaban de la euforia a la depresión, sin poder siquiera defenderme.

Mis sentimientos, como dije, estaban ya tan escindidos y mi soledad era tan desmesurada, que para entonces la culpa no tenía cabida en mi conciencia; de otra manera no me hubiera atrevido a traicionar mi amistad.

Finalmente, después de varios años de un gran desgaste emocional y de mucho resentimiento, recobré la cordura y pude despedirlo de mi mente y de mi corazón.

Aún ahora, en ocasiones, me reprocho haberme atado tan fuertemente a él, pero en su compañía conocí de mí aspectos inexplorados que nunca antes había experimentado: no tuve miedo de mi afecto ni de mi intensidad.

Todavía con sentimientos lastimosos revertidos hacia mí, conocí al hombre que más tarde me pediría que fuera su esposa. Obviamente, mi respuesta afirmativa pronto consolidó la relación. Me reconocía tan descorazonada que cualquier expresión de afecto y ternura me hacía sentir en deuda. Ya antes, desde mi primera relación afectiva, había vivido la necesidad de tener que agradecer con complacencia el hecho de sentirme querida, como si tuviera que pagar un precio por la compañía, ya fuera con mi cuerpo, con mi silencio o con una posición incondicional a los deseos del hombre; y con mayor razón al momento de saber que alguien se interesaba en casarse conmigo.

Mis veintisiete años me parecían tan insuficientes que no me alcanzaron para decir que no. No a lo que me disgustaba de él; no a lo que me causaba dolor e indignación, y no a todo aquello que iba en contra de mis deseos. Sin embargo, mi necesidad era tan vasta que yo misma me obligaba a satisfacer todo lo que los otros querían con tal de recibir a cambio lo que, suponía, podía soslayar mis carencias. Muchos años tuvieron que pasar para darme cuenta de que con esa posición ante el hombre lo único que lograba era hacer mayor mi necesidad y lacerarme con una herida cada día más honda.

Me convertí en una experta en el arte de proporcionar placer y fingirlo en mí misma. Llegué a disfrutar el ver cómo a los hombres, por vivir un momento de erotismo, se les seduce fácilmente con tan sólo acariciarles el ego; parece ser su órgano más sensible.

Los preparativos para mi casamiento, en vez de ser excitantes y abrumadores como es habitual, no lograban distraerme de mi verdadero sentimiento. Escuchaba mi voz interna gritándome que no me casara; conforme se acercaba el día de mi boda, la opresión en el pecho no me abandonaba ni un solo instante. No podía traicionarme; esta vez, ya no.

Si las razones para no querer casarme no eran tan claras, menos aún podía identificar el miedo tan grande que me rebasaba; sólo me aferré a ese *no* rotundo que clamaba desde mi interior y eso bastó para respaldar mi negativa.

La lucha con la familia, con lo social y sobre todo con mi pareja fue desgastante, pero no más que la batalla que se libraba dentro de mí. Estaba tan convencida de mi decisión que ninguna súplica fue tan poderosa como para hacerme cambiar de opinión; por el contrario, conforme pasaban los días iba constatando el valor de pararme sobre mis pies y atreverme, después de mucho tiempo de no hacerlo, a no traicionar mi convicción.

Con los años pude apreciar la cascada de eventos favorables que se dieron a partir de esa difícil decisión. Creo que fue el parteaguas para empezar a cobrar conciencia de mí misma e iniciar un camino de crecimiento.

En ese cambio de rumbo reingresé a la universidad buscando nuevas respuestas a mis constantes tropiezos para formar pareja, y fue en el

posgrado donde me encontré de frente con la negra mirada de unos ojos penetrantes, dulces y atemporales de un hombre que en unos cuantos días me robó el corazón. En sus brazos empecé a experimentar la inaudita presencia de Dios entre mi cuerpo y el suyo.

Era algo tan inusual que yo misma me sorprendía ante la necesidad de agradecer con devoción el placer que me provocaban nuestros encuentros. Mi temor habitual se transformó de pronto en copiosas lágrimas que estallaban en un llanto incontenible cada vez que mi cuerpo húmedo vibraba entre sus manos. Sin explicármelo, pasé de la culpa al agradecimiento, del dolor a la satisfacción y del miedo al profundo amor que se trasminaba por cada poro de mi piel. A mis veintiocho años supe lo que era enamorarse. Experimenté las mieles de sentirme vista, tocada, apoyada y cuidada por un hombre.

Estrené en mi cuerpo una gama multicolor de sentimientos y sensaciones que desconocía; por su intensidad me asustaban, pero por su calidad me hacían tocar una parte inmaculada de mi interior a la que nunca había tenido acceso. A través de él me di cuenta de que en realidad yo era virgen; virgen en el amor y virgen en la entrega, pues aunque mi cuerpo no estaba intacto, mi alma sí. Fue el hombre que logró mostrarme como espejo lo mejor de mí.

Creo que para entonces la culpa se había fugado tan totalmente de lo que quedaba de mis reprimidos sentimientos, que ni siquiera el hecho de vivir esta pasión desmesurada con él, que era un hombre casado, lograba perturbarme. Me sentía tan contenta que no había espacio para el miedo a la condena, a los pecados mortales, al clero o a la confesión, ni nada que pudiera amenazar lo que entonces vivía como una relación muy libre. Era libre, o creía serlo, porque no existía ni la remota posibilidad de formalizar nuestra relación. Por eso pienso que pude abrirme sin el temor latente al matrimonio, que ya empezaba a aflorar en mi conciencia.

Fue tan bello lo que viví a su lado que creí en la tersura de su alma, creí en su entrega y en sus palabras dulces, pero lo que nunca creí es que cuando se sintiera enamorado echaría a correr. Su miedo puso al descubierto su deshonestidad y su capacidad de seducción.

Con él aprendí cómo uno, por sus propias carencias, deposita en la pareja todo aquello que necesita ver, sentir y recibir; que el enamoramiento producto de una profunda y dolorosa soledad interna es el móvil perfecto para inventarnos una pareja de acuerdo con nuestras necesidades e insatisfacciones, y que cuando estamos listos para ver, la pareja se convierte en el reflejo fiel de nosotros mismos.

Lo que descubrí de mí a través del inesperado rompimiento no me agradó. Me llevó a tocar mi hostilidad y mi desconfianza infinita, y no sólo hacia él, como pensé en un principio, sino hacia el mundo entero. También sentí como nunca antes el deseo de venganza ante la imposibilidad de aceptar que de nuevo me quedaba sola. Fue muy complejo renunciar a él, porque implicaba desvanecer la desmedida fantasía que había creado en torno a su imagen. Si me dolía no estar a su lado, más doloroso resultaba desmitificar lo que yo misma había inventado; quizás este sea el motivo por el que no pueda borrarlo de mi vida totalmente.

Tuve que pedir ayuda profesional para lograrlo, pero desafortunadamente, cuando aún me encontraba haciendo el inventario de los daños, mi terapeuta, con su mano cálida y femenina, se introdujo entre mi piel. Me dejó inerte, paralizada, ante la sensación de ser tocada por una mujer, pero sorprendida porque mi cuerpo todo se incendió como un volcán y no había nada en él que se opusiera. Ni siquiera mi mente puso resistencia. En cuestión de minutos ya nuestros labios se besaban con la pasión de los amantes que han recorrido su cuerpo de norte a sur una y otra vez y mil y mil veces más.

El magnetismo de nuestros cuerpos fue brutal; escasamente lográbamos separarnos por instantes y sólo para mirarnos a los ojos y volcarnos de nuevo en caricias y besos. Con dificultad podíamos escapar de aquella euforia desbordante. Mi espíritu todo me obligaba a abandonar el escondrijo en el que me sentía refundida, y mi anhelo y mi deseo eran tan grandes que por sí solos me impulsaban hacia ella. Mi alma, que ya no respondía a la frialdad, comenzó ese día a dar una respuesta creativa ante el calor de esos brazos que me envolvían, haciéndome sentir tan pequeña que por instantes me perdía de lo real, creyéndome acurrucada en el seno de mi madre. Reviví una sensación cálida, antigua y completa. El momento fue tan decisivo que me hizo atreverme a amar a pesar de las heridas.

Amar a una mujer jamás estuvo en mis pensamientos, pero vivirlo hizo de mi cuerpo un santuario y de mi alma una oración. Era extraño darme cuenta cómo de esa niña domesticada, cautiva, convencional y llena de miedos, pecados y culpas, surgía la mujer que atravesaba sin temor el umbral de lo desconocido para fundirse en otro cuerpo semejante que se amoldaba con una dulzura inusual, jamás vivida en el cuerpo de un hombre. Cada encuentro abría mi corazón de tal forma que hasta quedaba espacio libre para el Amor Infinito.

Parecía contradictorio darme cuenta cómo mi cuerpo, siempre considerado como algo sucio que había que purificar, de pronto se cubría con lágrimas llenas de placer y de sorpresa, y éstas, además de limpiarlo, se convertían en los lentes por los que empezaba a adquirir una nueva visión de mí misma; la visión de mi atrevimiento, de mi intensidad y a veces de mi locura. No medía consecuencias ni me importaba romper esquemas familiares, sociales o religiosos. Amar a una mujer, inexplicablemente, me hacía experimentar la libertad de expresarme sin temor a la crítica, al juicio o al rechazo; por el contrario, sentir lo que sentía era motivo de inmenso orgullo y agradecimiento.

¿Qué ocurría en mi interior que me impulsaba a gritarle mi amor al mundo entero? Nunca lo entendí; sólo sabía que era tan grande el miedo de quedar atrapada en el reseco y agrietado territorio de la venganza y el resentimiento hacia ese hombre al que tanto había amado, que, por extraño que pudiera parecer, me resultaba más seguro adentrarme en lo inexplorado de la tersura femenina que volver a recurrir al hombre para convertirlo en mi analgésico.

Aunque llenó un profundo hueco afectivo, a la distancia me duele haber sido víctima de su manipulación, de su profunda falta de ética y del abuso de su autoridad terapéutica, porque finalmente yo llegué a ella con un grito desgarrado de soledad, que supo aprovechar a su conveniencia.

Han pasado veinte años, muchos hombres y una sola mujer; pero lo que jamás ha pasado es el sabor muchas veces amargo y otras tantas muy dulce de unos brazos que rodeándome el corazón me transportaron hasta poder tocar las estrellas o me estrellaron hasta rozar el infierno.

Esta es la historia de mis miedos y mis culpas, de mis pecados y contradicciones, de mis errores y mis aciertos; de mi lucha incansable por discernir entre lo bueno y lo malo; entre lo místico del éxtasis y la confusión de la locura; entre los brazos suaves de un hombre y la sagacidad certera de una mujer.

Una historia recorrida día a día, con o sin conciencia, pero que hoy, con la experiencia de los años, puedo ya finalmente analizar con visión crítica.

Es el relato de una niñez solitaria, sin la orientación cercana de una madre cálida que pudiera transmitir seguridad y confianza, que me enseñara a amar al Dios padre y amoroso y no al vigilante y castigador que tanto he detestado.

Es también el recuento de los daños de mi adolescencia atormentada en la que no encontré próximo algún adulto que orientara mi despertar sexual. Nadie que me hablara del derecho que tenía a gozar de esos primeros besos llenos de candor, ni nadie verdaderamente responsable de mi formación que me enseñara a vivir la vida sin el sufrimiento causado por las culpas y el pecado.

Es la interminable versión de mis intentos fallidos; de mis relaciones con hombres imposibles, de hombres padres y al mismo tiempo niños. De hombres con fachada de hombría, pero con una masculinidad que difícilmente soportaría una prueba.

Es una historia de desconsuelo e incertidumbre, vivida con un sacerdote sin escrúpulos que aprovechó su investidura eclesiástica para profanar mi cuerpo y mi alma. Al recurrir a él, temerosa y necesitada en busca de alivio, sólo me vi expuesta a su manipulación, porque pudiendo apoyarme y quizás hasta rescatarme, me dejó hundida en el remordimiento propio de haber sido víctima de su abuso afectivo y sexual; y además del dolor y de la rabia de la humillación misma, tuve que cargar con la culpa del placer experimentado, como si fuera sencillo escindir las sensaciones eróticas sólo por tratarse de una violación.

También es la historia compartida con ese hombre al que tanto amé; que a mis veintiocho años me parecía tener un alma tersa, pero que veinte años después, su esporádica presencia y mi experiencia me permiten finalmente descubrirlo impotente, narcisista e incapaz de amar a

otro que no sea a sí mismo. Él, que no quiso comprometerse conmigo por el supuesto respeto a su compromiso de pareja, tampoco logró entregarse a ella.

Han tenido que transcurrir muchos años, un gran dolor y un minucioso análisis para ir desentrañando los porqués de tan controvertidas relaciones. A veces desde la perspectiva de la edad madura me siento una mujer afortunada por tener la garra de seguir descubriendo y curando mis heridas.

El hombre, muy a mi pesar, sigue siendo una encrucijada; sin embargo, al relatar fragmentos de mi historia ya la puedo honrar con profundo respeto, por intensa, atrevida y hasta temeraria; con contradicciones entre el tamiz del misticismo y la domesticación. Con mi capacidad de amar hasta el dolor pero también con mi limitación de impedir el sufrimiento. Es una historia de tormentos y culpas infantiles; de atrevimientos y riesgos de joven adolescente; es la crónica del ejercicio diario de mi sexualidad adulta en la que renuncié desde siempre a fingir lo que sentía y acabé por no sentir.

Soy ahora una mujer rozando los cincuenta. Con fe, continúo luchando por desentrañar los misterios ocultos que me hacen por igual sentir que no sentir, desear fervientemente la compañía y renunciar a ella por el miedo ancestral de perderme en el otro.

Una mujer que errando muchas veces el camino me encontré con lugares inesperados capaces de despertar mi asombro y solventar el error de la equivocación.

Soy una mujer intensa y fiel a mi convicción. No ceso de elaborar emocionalmente mi historia y lucho por recobrar mi dinamismo vital; ese que se quedó atrapado en las culpas y en los pecados de antaño.

Creo que a pesar de todo lo vivido y, más aún, gracias a ello, estoy cierta de que si mi existencia ha tenido un sentido, ese ha sido y será mi recuperación, el reencuentro conmigo misma.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1,000 ejemplares

Se terminó de imprimir en noviembre de 2001

El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Ángeles Suárez del Solar y Eduardo Méndez Olmedo

Diseño gráfico editorial
Retorno Tassier, S.A. de C.V./Manuel Macías
Río Churubusco 353-1
Col. Gral. Anaya
03340, México, D.F.

Interiores
Rogelio Ramírez Gil

En la composición se usaron tipos
Baskerville old face tamaños 8, 9, 10, 11 y 14 puntos.

Editado por
DEMAC

Impreso en:
J.L. Servicios Gráficos, S.A.
Monrovia 1101 Bis
Col. Portales
03300, México, D.F.

